



## CARTA DEL SR. OBISPO DE OSMA-SORIA MONS. GERARDO MELGAR VICIOSA

---

Ante la Solemnidad de Pentecostés

Mis queridos diocesanos:

Celebramos hoy la Solemnidad de la venida del Espíritu Santo sobre la Iglesia naciente: Pentecostés.

Una vez, San Pablo estaba hablando a sus discípulos del Espíritu Santo que habían recibido en el Bautismo, de la importancia del Mismo en la acción de los cristianos y en la Iglesia. En un momento determinado uno alguien de ellos - que ya estaba bautizado- le contestó: *“ni siquiera hemos oído hablar del Espíritu Santo”* (cfr. Hch 19).

Los cristianos tenemos que reconocer que sabemos poco del Espíritu Santo. Sin embargo la importancia del Espíritu en la Iglesia naciente, en la primitiva comunidad, fue fundamental. En efecto, Jesús había instruido con su enseñanza a los apóstoles. Les había comunicado todo cuánto el Padre le había confiado. A pesar de esto, de todo lo que les había comunicado, había determinados aspectos y verdades que no habían logrado entender.

Jesús conocía hasta dónde llegaban sus discípulos; por eso Él mismo les había dicho: *“cuando venga Él, el Espíritu de la verdad, os comunicará la verdad plena”* (Jn 16, 12) Es Él, el Espíritu, el que les va hacer comprender todo cuanto había sucedido con Jesús y cuanto Jesús les había comunicado.

De este modo, y a partir de este momento, la primitiva comunidad cristiana cambia radicalmente pues el Espíritu convierte a los apóstoles, de hombres llenos de miedo a los judíos escondidos en sus casas, en intrépidos predicadores del mensaje del Señor. A partir de ahora es cuando aquellos apóstoles se van a lanzar al mundo para anunciar con valentía que a *“Aquél a quien vosotros crucificasteis Dios lo ha resucitado y vive entre nosotros y nosotros somos testigos de ello”* (cfr. Hch 2, 23)

Es el Espíritu el que hace que unos pocos hombres cambien toda una sociedad; que el mensaje de Jesús llegue a todos los hombres de todos los tiempos. Por eso el Espíritu es el alma de la Iglesia naciente.

Queridos diocesanos: este mismo Espíritu ha seguido y sigue siendo fundamento y sostén de la Iglesia a través de todos los tiempos. Lo ha sido y lo es en la Iglesia actual. Él ha sido el que la ha sacado adelante aún en medio de todas las dificultades habidas durante estos veinte siglos de historia. Ha sido el

Espíritu el que ha ido suscitando en la Iglesia todas las vocaciones necesarias para que el mensaje de Cristo llegue a todas las gentes de todos los pueblos y de todos los tiempos. Ha sido, y sigue siendo, el que hoy reparte sus siete dones para que toda la Iglesia, cada uno de nosotros, podamos cumplir con la misión que se nos encomienda de hacer presente el Reino y el mensaje de Jesús en nuestro mundo.

De este mismo Espíritu es de quien hoy celebramos su Solemnidad litúrgica: la fiesta de la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles.

Se trata, como ya sabemos además, del mismo Espíritu que recibimos en el Bautismo y -especialmente- en el Sacramento de la Confirmación. Ese Espíritu que nos da su fuerza y su gracia para ser verdaderos discípulos de Cristo; que nos acompaña para que en todo momento seamos testigos de nuestra fe en medio de nuestros ambientes.

Sabemos que siempre ha sido vital en la Iglesia el ser testigos. Hoy es vital, de manera especial, vivir nuestra fe y ser testigos de ella en medio de nuestra sociedad y de nuestro mundo porque -como decía Juan Pablo II- muchos de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, el único *evangelio* que van a leer es el testimonio que demos los cristianos.

Y es que es a través de nuestro testimonio como otros van a llegar a conocer a Cristo y a aprender a vivir la fe. El mandato "*id al mundo entero y predicad el Evangelio*" (Mc 16, 15) hemos de hacerlo realidad hoy especialmente desde nuestra vida, desde nuestro testimonio: desde una vida auténtica de fe que impacte en los demás y sea llamada para ellos a vivir la misma fe que ven que nosotros tratamos de vivir con alegría.

Para que este testimonio sea posible necesitamos de la fuerza del Espíritu que nos impulse constantemente con sus dones a ser verdaderos testigos de Jesús en nuestra vida; necesitamos de sus siete dones que nos fortalezcan frente a las dificultades, zancadillas y persecuciones que tenemos. Así podremos vivir como auténticos seguidores y discípulos de Jesús.

Queridos diocesanos: celebremos hoy el nacimiento de la Iglesia con la venida del Espíritu Santo y pidámosle que Él nos haga fuertes ante las dificultades; testigos atrevidos en medio de un mundo adverso a todo lo que suene a Dios y a fe; testigos valientes de Jesucristo en medio de un mundo que lucha por quitar de la vista a Dios para buscar la felicidad donde no se puede encontrar.

Sintámonos responsables de la misión que el Señor nos ha confiado a todos como Iglesia que somos ("*id por el mundo entero y predicad el Evangelio*") y comprometámonos con empeño en esta tarea apoyándonos -sobre todo- en la

fuerza del Espíritu que vivificó la Iglesia primitiva, que la ha asistido a través de estos veintiún siglos para que así siga fiel al Señor y su misión.

Que el Espíritu nos acompañe a nosotros con su gracia en la vivencia de nuestra fe y en nuestra tarea de ser testigos de Jesús en medio del mundo.

✠ Mons. Gerardo Melgar Viciosa  
Obispo de Osma-Soria